**Sábado de oración – 23 de abril 2022 – san Jorge**

*P. Sergio García, msps*

Mi Jesús resucitado, nos hiciste hacer un largo camino espiritual y litúrgico para llegar a este día en que nuestros primeros hermanos en la fe te contemplaron resucitado. Nunca entendieron que habías resucitado para ellos, si así fuera nos quedaría muy lejos estos acontecimientos y claro que nos quedan muy lejos a quienes vivimos en este siglo XXI. Pero entendieron ellos a la perfección que no eras objeto de experiencia en exclusiva, que de tal manera era tu resurrección que jamás te vieron resucitar, sino que te vieron resucitado.

La experiencia fuerte, mi Jesús, que hace posible que yo, tan lejos de Pedro, Pablo, María, Susana y toda la comunidad que tú formaste experimentaron que te les escapabas de las manos. No podían verte cuando ellos querían sino cuando tú querías.

Pero, afirmo con la fuerza de mi amor y gratitud que tu resurrección no sucedió de este lado de la historia, sino al otro lado de la historia donde el tiempo y el espacio se dejaron atrás. Yo tengo la gracia de poder ser tu testigo porque también a mí te has manifestado resucitado: quieres hacerlo, puedes hacerlo, lo haces y este es mi asombro, Jesús.

Resucitas, resucitándome. Por eso tu santo apóstol Pablo dio en el clavo cuando dijo: “*Los que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba donde esta Cristo…” (Col 3, 1).* Habla de una experiencia tenida y cumplida, pero en el allá de su historia y es posible en el aquí y ahora de mi vida.

¡Cuánto te quiero mi Jesús! Eres fantástico, eres de ayer, hoy y mañana; todo lo abarcas, todo lo metes en tu resurrección. No podría vivir yo si no fueras aquí y ahora resucitado para mí.

Algunos se asustan cuando en el Símbolo de los Apóstoles, el credo chiquito dice: “Bajó a los infiernos…” Esto se sitúa en unos acontecimientos históricos: “Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, subió a los cielos… etc.”

Jesús, mi adorado Jesús, tan mío como de Pedro, Santiago y Juan; tan cercano a mi vida que puedo ser tu testigo. “Bajaste a los infiernos”, a las profundidades de la historia, de la vida, de la creación, de la humanidad, de las conciencias, de las miradas y palpitaciones de todos cuantos han puesto sus pies en este mundo. Eres el único Salvador, por eso era necesario hacer este segundo viaje a los infiernos, “ad ínfera” no es un lugar, es una situación que se experimenta en la historia, pero está más allá de la historia.

Por eso eres mío, eres mi mejor experiencia, eres el que hace posible que todas mis experiencias puedan desarrollarse en mi tiempo y espacio porque así ha sido tu resurrección.

Mi Jesús, tu resurrección hizo posible mi vida en el tiempo y en el espacio; en el aquí y ahora de mi existencia y de todos cuantos te quieran experimentar *siempre vivo para interceder por nosotros (cfr. Heb 7, 25).* Por eso dice la liturgia de este tiempo: “Con esta efusión de gozo de Pascua el mundo entero desborda de alegría”. Y no es para menos. Saber que mi existencia y la de todo mundo está pendiente de tu resurrección es sobrecogedor.

Mi querido Señor Jesús, bienaventurado de verdad tú, mi Jesús resucitado que resucitas resucitándonos y por eso también todos nosotros podemos alcanzar la bienaventuranza. Además de eso son bienaventurados los pobres, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa de la justicia y de tu nombre. ¡Mil veces por siempre bienaventurados!

Permíteme, mi Jesús, unirme a la alegría de tu santa Madre María que, por tu amor, es también madre mía. No sé si llamarla “Nuestra Señora de la Resurrección”, pero siento que es colocarla no como quien hizo posible tu resurrección, sino porque es la que más la vivió y dejó su alma y su vida entera abundara en vida, en plenitud de vida.

También permíteme, mi siempre querido Señor Jesús, evocar a aquel que te amó con corazón de padre, a san José que es patrono de la buena muerte porque ayuda a realizar en plenitud tu obra de salvación. Amén.